

del alma del leon, que otros han concebido. Segun creo yo, hay bastante nobleza en las cualidades atribuidas al leon por los naturalistas mas dignos de fe. El que conozca intimamente al leon, el que le haya tratado, por decirlo así, algunos años como lo he hecho yo, pensará de igual manera. Le profesará tanto respeto y cariño, cuanto un hombre puede dispensar á un animal. Mas adelante contaré algo de mi animal favorito, una leona cautiva, que me ha divertido muchos ratos; por ahora me contento con decir que me inclino, en cuanto á las facultades espirituales del leon, á aceptar la opinion de Scheitlin, que es la siguiente:

«¡Quién describirá el alma del leon, del héroe, del régio cuadrúpedo! ¡Qué animal tan arrogante! ¡Qué formas! ¡Qué majestad! ¡Qué cuerpo! ¡Qué pecho! ¡Qué aspecto el de los 600 leones conducidos por Pompeyo del Africa á Roma para los juegos del circo, y qué sorpresa la del ejército de Jerjes, al ver una manada de leones!

»El leon se domestica como un buen perro de aguas y tiene la memoria de este. Despues de largos años conoce instantáneamente á su antiguo guardian, y si ha olvidado su fisonomía, recuerda siempre el metal de la voz querida, así como el hombre conoce mas tiempo á las personas por su voz que por sus facciones. Conserva perfectamente el recuerdo de sus beneficios, y desmiente así la supuesta ingratitud proverbial en todos los seres de este mundo. La historia de Androcles y su leon, referida por Celio, no tiene nada de inverosímil, por mas que se haya asegurado así.

»Se da al leon el epíteto de generoso; ¿quién pretende negarle esta cualidad? Perdonar al débil sus faltas, hacerle bien, á pesar de estas, á eso se llama ser generoso, y esto lo hace el leon, si no siempre, al menos comunmente. Se dice que solo el hombre es capaz de realizar actos de verdadera generosidad.

»Se comprende que la generosidad de que varios hombres son capaces, sea superior á la del mas noble leon, como se comprende tambien que la de este aventaje á la de una fuina, suponiendo que las fuinas sean algo generosas.

»Se ha dicho que no era posible fiarse del leon porque el instinto natural recobra algunas veces su predominio: es evidente que el leon, como casi todos los animales superiores, tiene sus caprichos, cosa que deja de observarse en los inferiores; pero tambien el hombre, sobre todo en sus primeras edades, es caprichoso, mediando la diferencia de que los caprichos de los reyes y de los fuertes son peligrosos, mientras que los del débil son ridículos. Sin ser vanidoso, el leon no se presta á que le enseñen habilidades.

»Es demasiado altivo y formal para ello. No quiere sino cuando quiere y lo que quiere. Así son las naturalezas elevadas. Tiene bastante inteligencia y docilidad para aprender; calcula perfectamente el tiempo y el espacio, y lo prueba la medida exacta de sus saltos cuando está en acecho; no hace, empero, ningun favor á nadie.

»Tambien se le acusa de cobardía, pero esta y el leon son incompatibles. No tiene miedo, porque no necesita tenerle, y hasta en cautividad, su comportamiento es mas noble que el del tigre y el de los otros felinos.

»Los leones y leonas sufren con tanta paciencia como los perros y gatos las travesuras que les hacen, y hasta parece que esto les divierte. Se dejan acariciar como todos los animales domésticos mas perfectos, y cuando se les estira la barba, expresan su disgusto con gestos que recuerdan los del gato.

»Tenemos un sin número de retratos del leon, pero ninguno perfecto. Ningun artista ha representado aun el aspecto serio del rey de los bosques. Fácil es retratar á una mariposa; imposible reproducir bien la imagen del leon; esto demues-

tra su superioridad. La mariposa tiene tambien su fisonomía característica, solo que no se la notamos. El leon en su esfera espiritual debe ser considerado lo mismo que el hombre en la suya; es decir tan animal humano, como muchos hombres son todavia animales salvajes.»

Confieso que en esta descripción se nota con exceso el gran cariño de Scheitlin á los animales, y que en varios puntos no coincide con las prosaicas ideas de los naturalistas anatómicos; pero en general es exacta, y todos los que conocen al leon, deberán confesarlo así.

REPRODUCCION.—El tiempo en que se aparean el leon y la leona, varia mucho segun las regiones que habitan, pues el parto se efectua en la primavera. Diez ó doce leones siguen muchas veces á una hembra en la época del celo, y se empeñan entonces terribles luchas, cuya causa es el amor. Mas apenas la leona ha elegido compañero, aléjanse los otros, y la pareja vive fielmente unida. El celo es menos vehemente que en otros grandes felinos; sin embargo, repiten el apareamiento tambien un sin número de veces seguidas; segun las observaciones de mi colega Schopff se apareó una pareja de leones del jardin zoológico de Dresde 360 veces en el espacio de ocho dias. El macho conserva tambien durante el celo su dignidad y quietud; la leona se muestra mas voluptuosa. Ella suele acercarse, acariciando y lisonjeando al serio esposo, para excitarle, mientras que él se tiende muy sosegado en frente de ella y no se levanta sino cuando la hembra está ya muy cerca. En el acto del apareamiento, la leona se echa por tierra y el leon la cubre con su cuerpo, cogiéndola por la nuca; esta gruñe y bufa, pero no con tanta fuerza, ni agita tan violentamente las garras, como todos los otros felinos. Despues de una gestacion de 15 á 16 semanas, la hembra da á luz sus hijuelos, cuyo número puede llegar hasta seis, si bien no pasa comunmente de dos á tres. Los leoncitos nacen con los ojos abiertos y tienen entonces el tamaño de un gato medio adulto. La leona elije de ordinario, para guarida, una espesura situada cerca de una corriente de agua ó de un pantano, donde acude su presa á beber, dando á la fiera la ocasion de cogerla mas fácilmente. Se dice que el leon la ayuda á procurarse el alimento y la defiende, lo mismo que á los hijuelos, sacrificándose él mismo, en caso de necesidad. La leona manifiesta la mayor ternura á sus hijos, y es difícil imaginarse espectáculo mas grato que el de una hembra rodeada de sus cachorros. Los pequeños y graciosísimos animales juegan como gatitos, y la madre mira seriamente, pero con infinito placer, estos juegos infantiles. Así se ha observado muchas veces en los leones cautivos, puesto que no es raro que la leona conciba en estado doméstico.

En un jardin zoológico bien dirigido se propagan hoy los leones casi tan regular y seguramente como los perros, y hasta en las colecciones ambulantes de animales, donde estos últimos no tienen sino un espacio muy reducido para moverse, nacen y se crian tambien. El que mas suerte ha tenido en la propagacion de los leones, al menos que yo sepa, es el director del jardin zoológico de Dresde, Schopff. Una leona cuidada por él parió en dos años ocho leoncitos; otra durante siete años 21. Aquella no amamantó á sus hijuelos; esta, si bien se comió varios, trató á los otros con cariño y cuidado. De una sola vez nacieron en este jardin zoológico seis leoncitos, y en tres ocasiones, tres de cada vez, otra cuatro y de dos apareamientos otros cuatro. De los que escaparon con vida, sacó Schopff mas de 7,000 talers y conservó además para el jardin zoológico varios leones y leonas por valor de 3,000 talers.

Es probable que Schopff hubiese obtenido un resultado mejor, si varios consejeros de la junta del jardin zoológico, creyéndose suficientemente instruidos para hacer experien-

cias sobre la propagacion de estos animales, no lo hubiesen estorbado con sus pretensiones científicas, puesto que para cuidar á estos animales, se necesitan muchos conocimientos prácticos y mucha experiencia. Varios leones alimentó Schopff con biberon, y dos de ellos se criaron muy bien; otros se confiaron, despues de abandonados por la madre, al cuidado de perras, que los aceptaron sin mucho trabajo como hijos.

En un caso semejante se formó entre una perra y una leoncita adoptiva, una especie de cariño y apego, que se extendió por parte de esta, hasta á sus hermanos de leche. La leoncita y la perra habian sido separadas antes del parto de la última por una reja. «Dejé entrar, refiere Schopff, la leona pocos dias despues del nacimiento de sus hermanos de leche en la jaula de la perra, y esta no se mostró irritada sino que acarició á la leona, la cual por su parte lamó á los cachorros. Repetí esta experiencia varias veces y cuando los perritos tenian ya cinco semanas; y á pesar de que estos tiraban fuertemente de los pezones de la leona, creyéndola tal vez su madre, esta no se irritaba en manera alguna. Para ver si la leona sabia distinguir á sus hermanos de leche de los otros perros, le enseñé uno de la misma talla parecido á aquellos. En seguida se precipitó furiosa sobre él y me obligó á sacarle para salvar su vida. Cogió un conejo que le dieron y luego le destrozó y le devoró con piel y huesos.» Otras pruebas continuadas dieron por resultado, que es muy difícil criar á un leoncito con biberon ó hacerle amamantar por una perra, mientras que se cria muy fácilmente cuando la misma madre cuida de sus hijuelos. Tambien en los jardines zoológicos de Colonia, Breslau y Berlin y otros del extranjero, se cria ahora á los leones por un sistema especial, habiéndose dado en el de Paris el caso, parecido al mencionado por Schopff, de una gran intimidad entre un leon y un perro (fig. 118).

Los cachorros son bastante torpes en la primera época de su vida: no aprenden á andar sino al segundo mes, ni comienzan sus juegos hasta mas tarde. En los primeros tiempos mayan como los gatos, siquiera su voz sea mas fuerte y llena; al principio son bastante torpes sus movimientos, mas con los años se desarrolla su agilidad. La madre los desteta á los seis meses; si bien antes de terminar este plazo, comienzan á seguirla en la caza, adquiriendo al año las proporciones de un perro grande.

Los dos sexos se asemejan al principio en un todo; pero bien pronto se acentúan las diferencias entre el macho y la hembra, adquiriendo mas fuerza y robustez las formas del primero. A los tres años aparece la crin en el macho, y algo que la sustituye en la hembra, si bien no alcanza el completo desarrollo, ni aparece del todo poblada y colorada hasta los seis ó siete años.

La edad á que llegan está en proporcion con este lento adelanto. Se sabe que algunos leones han vivido en cautividad setenta años, si bien envejecen muy pronto y pierden mucho de su hermosura.

CAZA.—No sorprenderá á nadie que los indígenas del Africa teman mucho al leon y apelen á todos los medios posibles para exterminarlo. Sin embargo, este miedo no es tan grande como generalmente se cree. Aun en los sitios donde el poderoso animal es mas frecuente, no se le encuentra siempre. No roba tampoco todos los dias los rebaños domésticos, sino que busca tambien su alimento en los grandes y vastos bosques, y hasta se hace útil á varias tribus con sus cacerías. «Los hotentotes, dice Mohr en su narracion, deben á las cacerías nocturnas del leon muchas veces una succulenta comida. Cuando el rugido de la fiera ha sido muy vivo y fuerte durante la noche, y cuando suponen que el leon ha muerto una pieza de caza mayor, buscan por la mañana en las cercanías, dirigiéndose al sitio hácia donde vuelan los

buitres, y allí encuentran muchas veces buena presa, como huesos, la mitad de un antilope, de una girafa ó de un búfalo, que el leon habia cazado para sí. Mis compañeros negros encontraron de este modo dos veces una buena comida.» Lo mismo pasará en todas partes donde no se cria ganado.

Los habitantes del Africa central, por ejemplo los mensas, tampoco se quejan mucho de las pérdidas que el leon les causa. Hablan de sus hazañas y de sus robos, pero apenas si se incomodan por alguna cabeza de ganado que les haya devorado; mas bien se acepta eso como cosa inevitable. Los colonos europeos tienen otras ideas sobre el valor de la propiedad. Segun cálculo de Julio Gerard, unos treinta leones causaron en 1855 en la provincia de Constantina, solamente en ganado doméstico, un daño de 45,000 talers; un solo leon necesita por consiguiente, por valor de 1,500 talers de ganado para su alimento. De 1856 á 1857 habia, segun el mismo cazador, solo en Bona, sesenta leones, los cuales se habian comido 10,000 cabezas de ganado mayor y menor.

En el interior del Africa las pérdidas son relativamente menores, porque la cria de ganados, única riqueza de los pueblos nómadas, se hace en mayor escala que en los países donde la agricultura forma la riqueza principal. Sin embargo, los destrozos causados por el leon son aun bastante sensibles, y el habitante del Africa central se desespera al ver los perjuicios que le ocasiona el terrible carnicero, y como es natural, se dirige á los *fakirs*, es decir á los mediadores entre Dios y los hombres; y se compra á precio de oro un *hedjadh*, especie de extracto del Coran, diluido en frases mas ó menos ridiculas é inútiles, preparado hábilmente por aquellos. El árabe clava aquel documento protector en la puerta y se duerme confiadamente, pues en el Sudan se considera al leon como un animal justo á los ojos del Todopoderoso, creyendo, por lo tanto, que debe respetar las palabras del profeta respetando la seriba de este modo defendida; y aunque el remedio es poco eficaz, los *fakirs* saben, no obstante, explotar la supersticion y humilde obediencia de aquellas gentes ignorantes y fanáticas. Los mahometanos del Sudan oriental no conocen otro medio para librarse de los ataques del leon: los negros paganos y los cafres saben mucho mas inteligentes, saben por experiencia que un hombre valeroso defiende mejor la seriba que todos los versículos del Coran. Para matar al temible carnicero se valen principalmente de flechas envenenadas, y algunas veces tambien de sus lanzas.

Durante mi permanencia en la Nubia meridional se verificó una notable lucha cerca de Berber ó Mucheiref. El terrible leon asolaba los alrededores, habiendo devorado algunas semanas antes terneras y ovejas en los pueblos y seribas mas próximos á la ciudad; pero cansados al fin los nubios de tanto destrozo y rapiña, resolvieron matar al molesto huésped. Cuatro morharbies ú occidentales, muy valerosos, armados de fusiles, se reunieron con doce nubios, provistos de sus lanzas, y dirigiéronse cierta mañana hácia la selva virgen, donde el leon tenia costumbre de ocultarse despues de apoderarse de su presa. Los cazadores se encaminaron directamente á la guarida de la fiera, y cuando esta, admirada de aquella visita matinal, se presentó para recibirlos, los cuatro morharbies descargaron al mismo tiempo sus armas, siguiéndose á esto una infinidad de lanzadas. El leon habia recibido varias heridas, pero no siendo mortal ninguna de ellas, precipitóse brusca y rápidamente contra los temerarios cazadores. De un sólo golpe de su garra puso á uno de los cazadores fuera de combate, haciéndole rodar por el suelo todo mutilado. Otro blandió en seguida su lanza; pero antes de que pudiera hacer uso de ella, recibió tambien un mano-

tazo terrible. Los demás iban á huir cobardemente, dejando á sus desgraciados compañeros en poder del leon, cuando un jóven valeroso les salvó la vida. Llevaba, además de su lanza, un largo garrote muy sólido, llamado en el país *nabuhí*, y empuñándole con brío y denuedo, avanzó sobre el leon, que le miraba con aire de asombro. Un vigoroso golpe, asestado en la frente del animal, le hizo rodar por tierra; desde aquel momento, la victoria quedaba asegurada, y el intrépido jóven no dejó de golpear al leon hasta que le hubo rematado.

A mí mismo me rogaron con frecuencia los indígenas que matara un leon que habia devorado varias reses en la seriba: y que, segun todas las probabilidades, debia estar descansando tranquilamente á la sombra de los árboles, digiriendo su abundante comida. Como era natural, ardía yo en deseos de emprender semejante caza, y no hubiera vacilado un instante, á encontrar quien me siguiera en tamaña empresa, á la cual tuve que renunciar porque ni europeo, ni menos aun indígena alguno quiso participar conmigo del peligro que podíamos correr. Hubiera sido, con efecto, una verdadera locura ir solo á cazar por primera vez al leon, y con gran sentimiento mio, vime precisado á no aprovechar aquella oportunidad de coronar mis hazañas cinegéticas con la mas notable de las cazas.

Durante mi última excursion por la Abisinia, tuve verdaderamente mala suerte. Van Arkel d'Ablaing y yo divisamos en pleno día, en el Samchara, desierto que se extiende á lo largo de la costa occidental del mar Rojo, un leon que examinaba desde lo alto de una colina el país que habia elegido para su dominio. Inmediatamente nos preparamos á dar al rey del desierto una idea de la bondad de nuestras carabinas; seguíamos de cerca nuestros criados provistos de escopetas de dos cañones. Nos aproximamos á la colina con todas las precauciones imaginables, y Van Arkel, que cazaba por primera vez el leon, daba pruebas de la mayor serenidad y sangre fría, admirando yo su valor, que contrastaba con el espanto de que se hallaban poseidos nuestros criados africanos. Como la disposicion del terreno no permitia tirar desde lejos, avanzábamos lentamente, arrastrándonos como gatos, con la carabina al aire y el dedo en el gatillo, animados del mayor entusiasmo. Nuestra esperanza y naturales deseos quedaron, no obstante, frustrados, pues el noble rey de las selvas abandonó cobardemente el terreno para ir á refugiarse en una impenetrable espesura.

Fritsch describe así una cacería al leon en el sur del Africa:

«Tres jóvenes encontraron dos leones muy bravos y furiosos en las cercanías de Shoshong, mision en el interior del Africa meridional. Tres bueyes espantados por las fieras, salieron de noche de la empalizada; la gente los persiguió en seguida, pero cuando los leones les hicieron frente, volvieron apresuradamente, y el conductor de la caravana no se detuvo, segun dice él mismo, hasta que cayó sobre la lanza de su carro.

»A la mañana siguiente encontraron cerca del sitio un buey muerto por los leones, y teniéndose la seguridad de que estos volverian á la noche siguiente por el cadáver, se pusieron dos carabinas preparadas, una al lado de este y otra junto á un caballo muerto casualmente. Estas carabinas se colocan del modo siguiente: Al rededor de los cadáveres se hace un cercado de espinos, dejando apenas una abertura por donde pueda entrar el animal; enfrente de esta se colocan las carabinas con una cuerda atada á los gatillos y en comunicacion con la entrada del cercado, de modo que el leon al pasar tenga por necesidad que tocar la cuerda que suelta el disparo y recibir de lleno la descarga.

»Las dos carabinas estaban al día siguiente descargadas, y

vimos huellas de sangre cerca de los cercados; una de las armas estaba hecha pedazos y con señales muy marcadas de los dientes del animal. Con gran terror vió la caravana aparecer en pleno día á una de las fieras cerca del carro, y los jóvenes concibieron tanto respeto hácia este desagradable huésped que no se atrevieron á salirle al encuentro. Cuando la fiera se presentaba al lado izquierdo del carro hacia pasar á los seis bueyes que quedaban al lado derecho, pero entonces el leon se arrastraba como un reptil hácia este lado, obligando á los sitiados á cambiar otra vez de pastos.

»En tan incómoda posicion habrian pasado los viajeros mucho tiempo, si no hubiese llegado Chapman, uno de los comerciantes y cazadores mas valientes del país, en compañía de su criado, los cuales se habian adelantado á sus carros. La inaudita audacia del leon hizo dudar al experto cazador de la exactitud de toda la narracion que los zulús le hicieron, y no quiso creer que el animal se ocultase en una maleza cercana, por lo cual se limitó á contestar: «¡Bah, tontería!»

»Para refutar eficazmente la increíble noticia, se puso Chapman en seguida con su criado á reconocer las cercanías. No bien se hubo acercado á la maleza indicada, cuando el leon apareció dando un salto, azotándose los costados con la cola y lanzando un rugido ronco y amenazador.

»Siguió una de las luchas mas notables que jamás ha sostenido la audacia humana con la fiereza y fuerza de un animal, y de cuya verdad hubiera dudado, si no me la hubiese confirmado la sencilla narracion del valeroso cazador, así como los numerosos testigos que presenciaron el combate.

»El arma de Chapman era una escopeta corta de dos cañones lisos, de unas diez libras de peso, cuyas balas de acero eran de dos onzas cada una, y de bastante precision á corta distancia. El primer tiro, disparado desde la silla del caballo, no dió en el blanco, como tampoco la bala del criado.

»El leon se precipitó hácia sus agresores, que se volvieron con agilidad para ganar tiempo y cargar de nuevo. Cuando se detuvo la fiera, le hicieron frente los cazadores y saltaron á tierra; una bala de Chapman, un poco baja, le destrozó una garra anterior, mientras que la de su compañero le atravesó los lomos. El leon, herido, se preparó al ataque, pero montaron rapidamente los atrevidos tiradores y los caballos, bien enseñados, los mantuvieron fuera de peligro, hasta que el enemigo cesó de perseguirles.

»Esta era la señal para detenerse ellos á su vez y volver á la carga. Pero en vano buscó Chapman en sus bolsillos los pistones; no llevaba las suficientes municiones para esta caza improvisada y no le quedó otro remedio sino mandar al criado al cercano campamento, para traerle lo que le hacia falta. Entre tanto continuó Chapman buscando y habiendo encontrado por casualidad dos pistones, cargó en seguida sin esperar la vuelta de su auxiliar.

»Acercándose hasta treinta pasos de distancia, echó pié á tierra, hizo al leon un disparo bien apuntado, y la bala le penetró en la boca, destrozándole los dientes, pero sin causar herida mortal. Este tiro es el mas peligroso que puede hacerse, porque el terrible dolor aumenta la rabia del carnicero hasta el paroxismo, y yo lo creí perfectamente, cuando el narrador me describió el suceso con las siguientes palabras: «Pero, caramba, y qué rabiosa se puso la vieja bestia!» Sin embargo, á pesar de que la distancia no era mas que de treinta pasos, el ágil jinete habia vuelto á montar á caballo, huyendo antes que el animal fuera de sí pudiese alcanzarle.

»Cuando el leon se aquietó un poco y se detuvo, el cazador volvió á dispararle en seguida y la bala penetró en el

omoplato sin acabar con la dura vida del animal; para rematarle fueron necesarios cuatro balazos mas, todos los cuales penetraron debajo del omoplato.

»Yo poseo la piel de un leon, cazado al acecho por el mismo Chapman algun tiempo antes, al lado de un buey, muerto el día anterior por la fiera. En aquella ocasion Chapman y su compañero blanco dispararon al mismo tiempo y á una señal dada, y aun cuando solamente una bala penetró detrás del brazuelo, el leon cayó muerto, despues de dar unos cuantos saltos; de modo que la susodicha resistencia á la muerte no puede considerarse como regla general. La causa de que el otro leon resistiera tanto, seria probablemente la avanzada edad del animal, circunstancia que explica tambien en parte

su audacia; pues los leones viejos, imposibilitados de cazar animales salvajes por el mal estado de sus dientes y su poca agilidad, se ven forzados á atacar al hombre y al ganado doméstico. El éxito en esta manera de robar aumenta poco á poco su valor y al fin su audacia ya no conoce límites.

El citado leon tenia además las señales de un tiro en la cabeza y por eso podia conocerse que él fué quien destrozó la carabina puesta en el cercado. Una cola y varios huesos que se encontraron despues de la lucha, indicaron que la otra carabina habia hecho su efecto, entregando al otro ladrón á los buitres y chacales.

En el Atlas se caza el leon de distintas maneras: cuando visita el territorio de una tribu de beduinos, cunde el terror

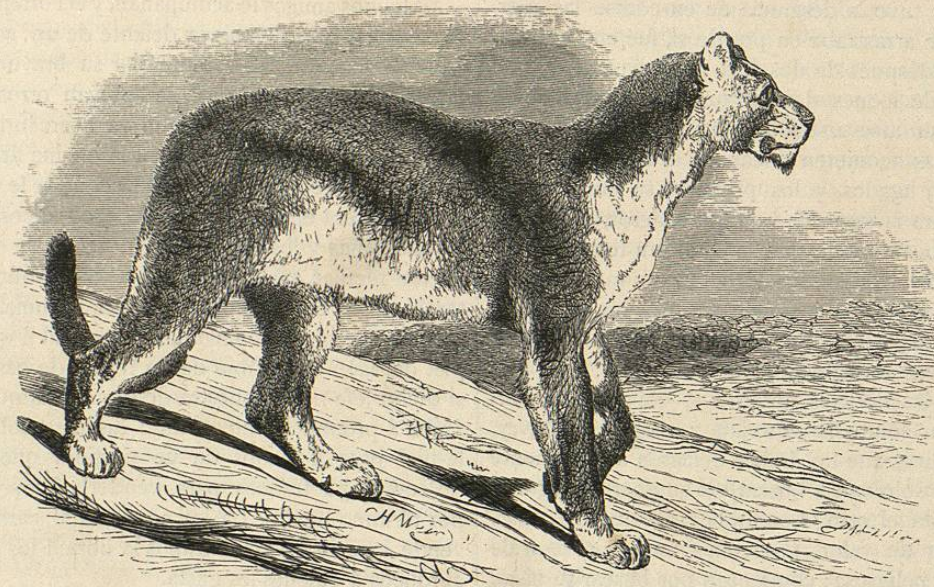


Fig. 119.—EL PUMA CONCOLOR

en todas las tiendas, oyéndose quejas en medio de aquellos hombres, por lo general tan valerosos, hasta que al fin se deciden á matar al incómodo huésped, ó cuando menos á darle caza. La experiencia les ha enseñado cuál es el medio mas seguro de acabar con la fiera: todos los hombres que se hallan en estado de manejar las armas rodean la espesura donde se oculta el enemigo, formando tres líneas sucesivas, la primera de las cuales se encarga de levantar la caza. Segun la costumbre árabe, se trata primeramente de hacer salir al leon á fuerza de injurias, dirigiéndole sobre poco mas ó menos las siguientes palabras: «¡Oh perro é hijo de perro! ¡Por uno has sido engendrado y tú no engendrarás mas que perros! ¡Asesino de muchos ganados! ¡Hijo del diablo! ¡Ladron! ¡Vagabundo! ¡Levántate si eres tan bravo como dices; levántate, rey de la noche, y enséñanos tu cara en pleno día! ¡Prepárate al combate, y verás que se trata de batirte con hombres que son hijos del valor y amantes de la guerra!» Si al oír estas injurias permanece el animal impassible, se disparan algunos tiros sobre el monte hasta que silbando una bala junto al leon, acaba por impacientarle y le obliga á dejar su guarida. Sale entonces rugiendo de entre las breñas y dirige en derredor miradas de fuego; gritos salvajes saludan su llegada, y asombrado y furioso al oír tal estrépito, avanza el leon con mesurado paso hácia aquella multitud, que se dispone por su parte á recibir dignamente al enemigo. La primera línea hace fuego; el leon salta hácia adelante, y cae por lo comun bajo las balas de los hombres que forman la segunda, y que ocupan el puesto de los primeros. Esta caza exige siempre muy buenos tiradores, porque sucede con frecuencia que el leon lucha

aun despues de haber recibido dos ó tres balazos. Algunas veces va el árabe solo á buscar á su terrible enemigo; dispara sobre él cuando le encuentra; huye presuroso; vuelve á tirar y sale al fin triunfante de la lucha. A pesar del gran número de hombres que toma parte en la caza, no deja de ser esta peligrosa.

«En marzo de 1840, refiere Gerard, sesenta árabes se pusieron en marcha para robar los hijuelos de una leona en ausencia de la madre; pero esta volvió en el momento en que la gente se retiraba y destrozó el brazo izquierdo de un hombre. A pesar de eso, el valeroso herido le asestó dos tiros en el abdómen. Despues el animal se precipitó sobre un segundo, y recibió de este un tiro en la boca; pero derribado á su adversario, le arrancó un pedazo de carne de las costillas y murió sobre él.»

No es raro ver á un solo leon poner en fuga desordenada á toda una partida de árabes. Julio Gerard refiere que en 1853 un solo leon dispersó á doscientos hombres armados de buenos fusiles, no sin haber muerto antes á uno y herido á seis.

Tambien se caza al leon al acecho. Los árabes hacen un hoyo, tapándole bien por arriba, de modo que solo queda la abertura indispensable para tirar desde el interior, y ponen un jabalí recién muerto delante; tambien le dan caza poniéndose sobre los árboles y tirando desde allí. Además, los árabes del Atlas cogen al leon en zanjás ó trampas de diez metros de profundidad, por cinco de ancho. Luego que el régio animal ha caído en el foso, acude toda la gente de los alrededores, promoviendo un escándalo horrible. Cada uno grita,